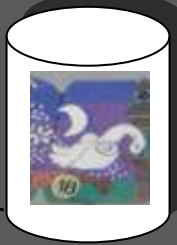




Que me lo había encontrado en un banco del Retiro, dije



después de andar toda la noche en vela dando vueltas a qué alegar por esa manía tan tonta que tengo de que no me gusta mentir¹ hasta que amaneciendo ya casi me di cuenta de que en realidad no era mentira porque que yo olvidase algo, con esta cabeza tan malísima que tengo, no tenía nada de increíble y, lo del banco — que lo mismo podía estar siendo del parque del Oeste o de la Castellana, porque recuerdo que aquella semana me había dicho que le tocaba correturnos, así que no sé con exactitud dónde lo encontraría — era punto cardinal arriba o abajo en esencia verdad. Así que me terminé durmiendo con la conciencia tranquila aunque eso sí a las tantas, y luego me levanté malhumorada por la falta de sueño y mi marido me dijo se puede saber qué te pasa, y yo le dije pues nada que querrás que me pase, y él dijo no sé pero te estás comiendo muchísimas comas como siempre que estás enfadada.

Y estuve tentada de decirle es que he dormido mal intentando inventar una mentira porque se habría alegrado el pobrecillo, tanto como me anima, de que lo hubiese conseguido aunque fuese con un poquillo de trampa; pero entendí que no le podía decir algo así ni aunque lo estuviese haciendo por él porque para qué entonces me había yo pasado la noche en vela discurriendo cómo hacerme con el libro que él se empeñaba siempre tan recto en depositar en objetos perdidos para que pudiera recuperarlo su dueño.

Nota:



Aquí se cierra el círculo 213-242-0

¹ O mejor dicho y para no contradecirme sí que me gusta, que ya desde bien pequeña era mi mayor ilusión, decir mentiras; pero siempre fui muy tímida, muy corta para esas cosas, y siempre que intentaba decir una mentira — como la Ascen, por ejemplo, que mentía muchísimo y con un desparpajo tremendo — me temblaba la voz y me sudaban las manos. Así que lo dejaba siempre para el día siguiente, y luego que al siguiente, y así hasta hoy que sí, me gusta, es un gusto que nunca he perdido pero que ahí lo tengo, amordazado, que como yo me digo anda que como un día se me subleve, me digo; pero a mí me parece que son ilusiones que yo me hago, fantasías de mi cabeza, porque no lo veo yo como que muy con disposición de tirar las patas por alto. Pero como me gusta ser optimista nunca pierdo la esperanza y me digo para mí sola anda, tonta, ten paciencia que algún día mentirás. Y en esas estoy o, bueno, estamos, porque mi marido el pobre me anima todo lo que puede y, de vez en cuando, anda, dice, dime una mentira, que tú tan lista cómo no vas a saber hacer una cosa tan sencilla que hasta la hacen los niños y los políticos... Pero yo le digo déjame, no me atosigues y que si no se da cuenta de que al sentirme presionada me atasco aun más.

Que me lo había encontrado en un banco del Retiro, dije